

Marlene Rall*

“Mañana te hablo”

La deixis temporal en el acto de la promesa
y su entorno cultural

EN MI CALIDAD de extracontinental en México, vine, vi y me maravillé. Muchas veces comprendía lo que decía la gente, sin entender lo que querían decir. Entre tantos fenómenos que me causaban sorpresa, agrado o extrañeza, recobran particular interés las promesas, ya que el horizonte de expectativas que traía en mi bagaje conceptual y apreciativo resultaba muy insuficiente para un procesamiento adecuado de este tipo de interacción.

Las promesas, por su naturaleza misma, entrañan el futuro. Y desde mis primeros días en México me percaté de que la deixis temporal en la interacción verbal mexicana dista en mucho de lo que hasta entonces constituía mi entendimiento del tiempo en general, y del futuro y la promesa en particular. Mi propósito es, pues, estudiar algunos casos de promesas con una referencia temporal explícita dentro de su contexto comunicativo.

Son promesas aquellos actos de habla cuya proposición predica un acto futuro del hablante, que es del interés del oyente y que el hablante intentará sinceramente realizar; o sea al emitir una promesa, el hablante asume la obligación de llevar a cabo el acto predicado

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

(Searle, 1980: 65-69), o como dice Austin: "Our word is our bond" (1962/1978: 10), y en la versión castellana: "la palabra empeñada nos obliga" (1971: 51). En este sentido, la persona que me dice: "Mañana te hablo", me promete que me llamará por teléfono al día siguiente y se compromete a efectuar dicha llamada en el término señalado. En un sentido ligeramente ampliado, también la aceptación de una invitación a juntas, reuniones, fiestas constituye una promesa. Las diferentes formas de acuse de recibo, de aceptar la invitación, de dar las gracias implican la promesa: "Estaré en el evento a la hora señalada". Finalmente, en la puesta de acuerdo sobre un futuro encuentro se trata incluso de una doble promesa, un compromiso mutuo, al colocarse ambos interlocutores bajo la obligación de atender la cita en el momento futuro concertado: "¿Cuándo nos vemos? —¿Mañana a las cinco?— No, mañana no puedo. —¿Qué tal el miércoles?— De acuerdo, hasta el miércoles a las cinco."

De dicho a hecho hay mucho trecho: las llamadas telefónicas prometidas para "mañana" raras veces llegan el día señalado, más bien días, semanas o meses después, y a veces no llegan nunca.

En cuanto a mi primera invitación a una cena mexicana a las siete de la noche, a la que acudí ingenuamente con puntualidad alemana, empezó con una penosa hora de espera: sentada como en el banquillo del acusado veía pasar a varios miembros de la familia en bata y oí los afanosos ruidos de los preparativos, hasta que por fin llegaron los próximos invitados. En cambio, cuando yo invitaba, me esperaba toda una serie de imprevistos. Uno que otro siempre llegaba a la hora, causando que se me quemara algún guiso en la estufa. La mayoría de los convidados llegaba entre una y tres horas tarde. Algunos llegaban en compañía de desconocidos. Y otros no llegaban nunca.

Las citas son especialmente interesantes, porque la llegada tardía o la ausencia suele justificarse ampliamen-

te: que la llanta se pinchó, que había que pagar la luz, el teléfono, que se enfermó el tío. Cierta vez empleamos entre varias familias una mujer para la limpieza, de entrada y salida, que debe haber tenido una abuela resurgente, porque se moría repetidas veces, o sea en cada ocasión que su nieta necesitaba justificar una falta. Me llama la atención que muy a menudo las disculpas se formulan en forma impersonal: "Se me hizo tarde", "Se me pinchó la llanta", o sencillamente se arguye que fue "fuerza mayor", o sea allende de la responsabilidad de la persona comprometida. A veces, las excusas toman extensiones prolíficas, de suerte que me hacen sospechar que no se trata tanto de la veracidad del cuento como de la importancia de aplacar a la persona que tuvo que esperar.

"Mañana te hablo", "A las cinco estaré en tu casa", "Mañana a las ocho ensayamos" —enunciados claros, significado unívoco. Es de suponerse que el acto verbal de la promesa se realiza en todas las lenguas y todas las culturas del mundo. Y de esta forma se ha descrito en la filosofía y la lingüística: como caso de la pragmática universal. Sin embargo sabemos todos que la promesa empírica ostenta diferencias palmarias entre un evento comunicativo y otro, entre una cultura y otra, y que estas diferencias dan lugar a numerosos malentendidos e infortunios.

Recuerdo a un colega francés que, después de pocos meses y muchos desencuentros, exclamó desesperado: "¡Qué mentirosos son los mexicanos!" La pragmática asimismo es tajante al respecto: La promesa que se formula sin la intención de hacer lo que se promete, es una promesa insincera (Searle 1980: 69 ss.). Con todo, estoy convencida de que ambas explicaciones quedan cortas para dilucidar la interacción que nos interesa. Es obvio que las promesas que se formulan y son aceptadas como tales se basan en el principio de cooperación, en el sentido de Grice, y funcionan entre la gente que conoce las reglas. Obviamente no se toman como mentiras, porque éstas suelen sancionarse severamente; y

mentiras que se delatan tan fácilmente no servirían a ningún fin. Parece más bien que los interlocutores comparten un trasfondo de actitudes, creencias y valores distinto de otras comunidades. En este sentido arguye B. Schlieben-Lange cuando formula: "No existen universales de acciones verbales, sino tan sólo acciones históricamente determinadas, distintas y convencionales. Por ejemplo: La promesa por antonomasia no existe, tan sólo existen formas históricas de compromisos contraindidos." (Schlieben-Lange 1976: 114. Trad. mía). Asimismo D. Wunderlich menciona que la teoría de los actos de habla de Searle "dio lugar a la crítica, justamente porque la promesa no es ningún ejemplo de un acto de habla que dentro de las lenguas familiares (como el alemán, el inglés, etcétera) tuviera un perfil claro; al contrario, es sujeto a cambios históricos muy marcados" (1976: 157 Trad. mía).

Para conocer las reglas de la promesa convencional de una cultura dada hay que tomar en cuenta la conciencia del tiempo que reina en dicha cultura. Apunta César González: "Pocos aspectos de la cultura pueden caracterizar mejor la esencia de la misma que la comprensión del tiempo. En el tiempo se encarna la concepción del mundo de una época, el comportamiento de los individuos, su conciencia, su ritmo vital, su actitud hacia las cosas" (González 1992: 86; cf. Gurjewitsch 1978: 98).

En los estudios sobre la conciencia del tiempo en distintas culturas (Wendorff 1980 y 1984, Pereda 1985) se distinguen el tiempo lineal en culturas como, por ejemplo, la judía y la cristiana, y el tiempo cíclico que determina el pensamiento de las antiguas culturas de Asia y las prehispánicas de América. Éste se relaciona con una visión del mundo estática, mientras que aquél se fundaba en el pensamiento escatológico y representa en el mundo moderno la percepción cronológica de la historia y la fe en el progreso. Aquí el tiempo se percibe como una línea con las marcas claramente discernibles del pasado, presente y futuro, por lo que el futuro llega

a ser un factor tan calculable y real como las otras dimensiones. Esta concepción del tiempo reina en los países altamente industrializados y garantiza, según Wendorff (1984: 282 ss.) el desarrollo basado en cuatro principios: la sincronización como condición necesaria para la división del trabajo y el máximo rendimiento, la continuidad que explica la evolución como cadenas de causa y efecto, la precisión y la dinámica que vincula velocidad y competitividad. La educación en estas culturas enfatiza la puntualidad como valor de cabal importancia. Y los miembros adaptados de estas sociedades tienen interiorizada la puntualidad como *conditio sine qua non* para el bienestar común (cf. también Elias 1984: xviii). Con ello no quiero decir que no se quejen del tiempo, que no se consideren como esclavos del tiempo, que no se sientan bajo el yugo del tiempo; incluso ven el tiempo como amenaza. En este sentido se entiende el éxito de la novela *Momo* de Michael Ende, leída tanto por adolescentes como por adultos, en la que una pequeña niña logra recobrar el tiempo que unos misteriosos señores grises robaban a los hombres, persuadiéndolos de que tenían que ahorrar su tiempo y depositarlo en los bancos del tiempo para no gastarlo en asuntos baladíes. La creciente conciencia ecológica contribuye, además, a quebrantar la fe en el progreso infinito, porque el desarrollo tecnológico y económico, si no toma en cuenta el límite del crecimiento y el agotamiento de las reservas naturales, llevará en línea recta al cataclismo. Sin embargo, el tiempo es un factor económico y sociocultural tan esencial en este sistema, que la gente se doblega; de vez en cuando suspira, y después retoma la carrera. Por lo mismo, la puntualidad y la formalidad en los compromisos son un punto muy importante en la educación de los jóvenes. Pero después deja de ser tema de discusión. La gran mayoría llega puntualmente, y no se habla más. Tiene algo de comicidad que en su tiempo llamado libre sientan la misma presión del tiempo. Acuden a cenas, tertulias, bailes como si tuvieran que "chechar" el reloj de control de las fábricas y oficinas.

Norbert Elias opina que “los miembros de las sociedades tardías, altamente regulados por el tiempo, no sólo son incapaces de entender a los miembros de otras sociedades; también son incapaces de entenderse a sí mismos” (1984: 121. Trad. mía) ya que interiorizaron la conciencia del tiempo a tal grado que la conciben como parte de su naturaleza misma, sin darse cuenta del hecho de que se trata de un “hábito social”.

En México parecen traslaparse varias concepciones del tiempo. El Distrito Federal, sin duda alguna, es una de las ciudades más aceleradas del orbe: el ritmo de vida quizás supere al de las culturas marcadas exclusivamente por el tiempo lineal. Por otro lado, seguramente subsista algo del tiempo cíclico, del eterno retorno que resta importancia al avance del reloj. Además, se observa la herencia árabe hispánica que probablemente se vinculó con tradiciones indígenas en lo que concierne a la percepción del futuro. Es muy usual escuchar la respuesta “Primero Dios” o “Dios mediante”, cuando la gente se pone de acuerdo sobre una cita. Me comentaron* que los mayas no contestan con un sí definitivo para aceptar un compromiso, sino sólo con un “eventualmente”, lo que desconcierta mucho a los foráneos que tienen trato con ellos. Mientras que en Europa el porvenir se ha convertido en una cifra al servicio de los hombres —y reaccionan a veces con asombro y reproche si el futuro depara sorpresas no programadas—, en México aún es una entidad hipotética: El hombre propone y Dios dispone. Por lo tanto, las afirmaciones sobre un tiempo futuro no tienen, en muchos casos, la misma confiabilidad. Son aproximaciones, son delimitaciones en el plano de las palabras, no necesariamente de las cosas. En este sentido, una promesa como “Mañana te hablo” no necesariamente se toma al pie de la letra que se reclamaría en caso de no cumplimiento. Más bien se aprecia en su función fáctica. “Mañana te hablo” se dice a menudo en el momento de la despedida. Ahora bien,

* Agradezco a Fernando Castaños el comentario sobre los mayas.

sabemos, desde que se hace análisis conversacional, que el final de una conversación es un momento especialmente delicado, por lo que los interlocutores se esmeran en cuidar las relaciones personales. “Mañana te hablo” quiere dar a entender entonces que el hablante desea seguir en contacto con el oyente, que éste tiene mucha importancia y que quisiera convivir con él mucho más de lo que permite la vida. En otras palabras, el enunciado no se cumple tanto en su dimensión semántica como en la pragmática, en las buenas relaciones humanas. Y quien reclama la sinceridad de la promesa, desconoce las inferencias conversacionales en juego (Gumperz 1978, cit. según Corsaro 1981: 35 ss.). Con todo, bien puede ser que el hablante cumpla su promesa y hable al día siguiente. Sabemos que en cualquier grupo cultural existen diferencias individuales muy grandes, unas personas muy formales, otras menos. Pero constan que el enunciado “Mañana te hablo” implica un alto grado de incertidumbre en cuanto a su contenido proposicional.

En las reuniones sociales, tal parece que los mexicanos se consideran como los dueños de su tiempo, y a menos de tratarse de eventos muy formales, llegan sin presiones innecesarias y nadie alega la hora. En algunas culturas, por ejemplo las árabes, la demora está relacionada con el prestigio y poder de los invitados: cuanto más alto el rango, más tarde llega la persona. Los franceses, en cambio, conocen el refrán: *L'exactitude est la politesse des rois*. Y la cita de Honoré de Balzac: *Il accourait, à l'heure accoutumée, avec une ponctualité d'amoureux*.

En las reuniones de trabajo algunos mexicanos se toman las mismas libertades que en las sociales, lo que sí puede causar conflicto entre los participantes, y en muchos casos causa pérdida de eficiencia, rendimiento y competitividad. El caso más espectacular de una promesa no cumplida del que fui testigo se dio en un centro educativo de México que había crecido tanto que las autoridades decidieron construir un edificio nuevo. El director del centro había encargado a un arquitecto

que hiciera un diseño y acordado una junta para presentar el plan a un grupo internacional de expertos, cita que se confirmó el día de la junta. Los invitados llegan, no así el arquitecto. Las secretarías de uno y otro se comunican nuevamente por teléfono: "El arquitecto está en camino, no tardará en llegar". Para hacer un cuento largo breve, el arquitecto no llegó. Días más tarde se supo que ni intenciones tenía de llegar, ni había hecho el diseño. Como consecuencia, el edificio nunca fue construido. Sería interesante investigar en qué medida tales fracasos conllevan, en diferentes culturas, la pérdida de crédito de la persona que faltó a su palabra.

Lo que no ha dejado de sorprenderme son las citas que se conciertan entre dos personas para verse y realizar una determinada actividad juntos. Quisiera presentar un caso concreto que me parece significativo. Un socio de un club deportivo me propuso un partido de tenis para el día siguiente a las ocho. Como no lo conocía, o sea no podía juzgar su puntualidad, lo estuve esperando desde las ocho; llegó al cuarto para las nueve con cara de penitente y gastó el resto de la hora para explicarme con lujo de detalles por qué llegaba tarde. Que se le había ponchado la llanta, qué pena, que el policía, que el teléfono y cuántas cosas más. Quedamos para el día siguiente a la misma hora: llegó igual de tarde y con el mismo derroche de palabras para pedirme disculpas. Y cuantas veces nos pusieramos de acuerdo para el partido, cada vez llegaba tarde y me colmada de efusivos cuentos, hasta que al fin me evadí a las propuestas para evitar tamaño contrición. Obviamente el encuentro, o mejor dicho el desencuentro no tenía mayor importancia ni para él ni para mí. Lo que me asombraba era esta verbosidad para tan poca cosa. Me pregunté, según mis propias categorías, si no era más fácil llegar a la hora o sustraerse al compromiso que nadie le había exigido. Pero tal vez pueda explicarse el fenómeno con base en un episodio tomado de *Le Petit Prince* de Antoine de Saint-Exupéry: en el capítulo XXI, el principito conoce al zorro y le propone que juegue con él.

Pero el zorro le contesta que no puede jugar con el principito porque no está domesticado. Domesticar, le explica, quiere decir crear lazos, fijar horas exactas para el encuentro, para que uno pueda empezar a sentirse feliz esperando al otro desde una hora antes, acostumbrar el corazón a la hora. Cabe preguntarse: ¿Serían los hombres puntuales, ansiosos de cumplir sus promesas al pie de la letra, más domesticados? Entonces el manejo laxo de las promesas pudiera interpretarse como el deseo de no dejarse domesticar totalmente, de guardar cierta independencia, cierta libertad. Y para no herir a la persona con la que se establecieron lazos por medio de la promesa, ¿se necesitaría la suntuosa reparación verbal?

La pragmática universal (cf. Habermas 1971: 140) formula las reglas de la interacción verbal ideal entre interlocutores con los mismos derechos y obligaciones. En lo que respecta a la promesa insincera, el descubrimiento le daría al oyente el derecho de reclamarla, de reprochar al hablante el incumplimiento. En muchos eventos comunicativos reales intervienen factores de poder, prestigio, confianza, diplomacia que impiden la reclamación. Acumulando experiencia con personas que desatienden una invitación, creí descubrir un parámetro para la importancia que le otorgan al anfitrión al que dejan plantado: va decreciendo según el tamaño de las justificaciones. Si mi invitación era bien aceptada, se disculpan antes, durante la fiesta o al día siguiente o cuando nos volvamos a encontrar, con mayor o menor énfasis. Si la invitación era inoportuna, la persona hace caso omiso de ella y no siente ninguna obligación por justificar su ausencia. Si insisto y pregunto por la razón, puedo esperar recibir cualquiera, menos la verdadera. Pero no se trata de mentiras, sino del estilo indirecto de la interacción. Por ello, pasando del evento comunicativo abstracto al real y concreto, habría que formular el mecanismo de las implicaturas e inferencias no como los filósofos: El hablante sabe que el oyente sabe que. . ., sino más bien: El hablante supone o cree que el oyente

cree . . . etcétera. De hecho, tenemos sólo raras veces la oportunidad de aclarar, en ocasiones mucho tiempo después, las verdaderas razones del incumplimiento de una promesa. Comparando convenciones conversacionales de diferentes culturas, se observa que en ciertas comunidades los hablantes tienden a establecer, en muchos contextos, una relación lo más unívoca posible entre las palabras y las cosas. Lo que dicen corresponde a lo que piensan, en términos claros. En otras comunidades, parece que el significado primario de los enunciados se considera como muy burdo o poco confiable o falto de interés. El mensaje que se trasmite está más bien entre líneas, y se puede observar un juego ingenioso y altamente desarrollado de decir lo que uno no piensa y querer decir lo que no dice.

Con el fin de entender mejor las actitudes, normas y valores involucradas en la interacción que aquí se discute, llevamos a cabo una encuesta sobre las promesas y la referencia temporal, que contestaron por un lado los participantes de un seminario de posgrado procedentes de México, Brasil, Cuba, Puerto Rico, Rusia y Alemania, y por el otro profesores de alemán mexicanos y europeos reunidos en un encuentro en Morelia, en mayo de 1993. Resumiendo las respuestas, se puede afirmar que las reacciones europeas muestran una gran conformidad. La impuntualidad se evalúa negativamente. La persona que tiene que esperar se enoja pronto. Sólo algunos alemanes, quienes se caracterizan a ellos mismos como poco puntuales, pretenden tener más paciencia; comentan que les conviene el manejo más libre del tiempo en México. Las respuestas latinoamericanas revelan un abanico amplio de actitudes. Y se aprecian respuestas matizadas que abarcan desde la intolerancia hasta el disfrute gozoso de los tiempos de espera. Por un lado se observan claras diferencias individuales; por otro se refleja la apreciación de distintas situaciones. La promesa de la llamada telefónica no se toma muy en serio en México. "Es un decir", aunque unos cuantos afirman que se enojan si la persona no cumple. La res-

puesta brasileña toma la misma promesa como obligación real en Sao Paulo, pero no en Río de Janeiro. En Cuba sería descortés no cumplir; en Puerto Rico, si no llega la llamada, la persona se inquietaría y hablaría por su cuenta. En cuanto a las invitaciones a comidas o cenas, en México parece que priva una tolerancia casi ilimitada para la hora de llegada. Sin embargo, algunos se enojan si sus invitados no llegan nunca: "¿Cuáles amigos? No los volvería a invitar". Las citas acordadas a una hora y lugar determinados para salir juntos de paseo tienen también un cierto margen de tolerancia. La mayoría de los mexicanos es bastante paciente y aprovecha el tiempo de espera como parte agradable de la convivencia. Incluso un grupo de viajeros que se tiene que reencontrar a las cinco para continuar su viaje en autobús espera con buen ánimo a los atrasados: "Es mi tiempo libre, y voy a disfrutarlo". Es notoria la actitud opuesta de los europeos que no dejan de pensar en la agenda de actividades que se ve trastornada por la demora. Algunos mexicanos, en cambio, anotaron con reproche que en Europa hay conductores capaces de partir aunque el grupo no esté completo. Las reacciones más diversas se aprecian en la respuesta a la siguiente situación: "Ustedes tienen una junta de trabajo a las diez horas y se les ruega su puntual asistencia. El jefe llegará a las diez treinta, que es cuando en realidad empezará la junta". Los europeos se disgustarán sin excepción alguna, al igual que una parte de los latinoamericanos: "El jefe debe poner el ejemplo", "falta de disciplina, de consideración" y "desprestigio". Otros comentan con resignación: "Él es el jefe y puede darse el lujo de llegar tarde"; "no debería ser, pero así es". Y unos cuantos lo toman con calma: "Algunos se esperan mientras toman café o platican". Finalmente fue unánime la respuesta a la pregunta de cómo se sentía uno mismo al percatarse en el camino que llegaría tarde a una cita: "presionada", "angustiada", "malísimamente mal". O sea, nadie de Europa, ni de Latinoamérica se siente com-

pletamente libre después de asumir el compromiso de llegar a una hora determinada a una cita.

La puntualidad en México es tema de muchas controversias. Algunas mexicanas se quejaron de la informalidad de sus esposos alemanes. Una maestra de origen alemán me comentó que su matrimonio fracasó debido a la impuntualidad de su marido mexicano. Una colega mexicana contó, con mucho humor, cuánta maña usa para llegar a la hora convenida a pesar de su esposo. Resulta que casi todas las citas implican un cálculo acucioso de cuán puntual o cuán tarde sería apropiado llegar. Vale destacar que en México los puntuales suelen aguardar con mucha paciencia y ecuanimidad, mientras que en Europa exigen la misma presión para todos. Los latinoamericanos se inclinan a pasar el tiempo de manera agradable; los europeos tienden a pensar en todo lo que podían haber hecho en el tiempo de espera, y lo pasan mal.

En lo concerniente al tiempo, y sin querer agotar un tema tan amplio y profundo, vale recordar que el tiempo tal como lo manejamos hoy día es una ficción. Esta línea clara con sus puntos bien demarcados de pasado, presente y futuro, donde el futuro pierde todo carácter hipotético y se inscribe en el conjunto de cifras en aras del rendimiento, productividad y competencia, es un constructo del pensamiento humano. El escritor Günter Grass creó un nuevo término: *Vergegenkunft* = paspresenturo (Ochoa Sandy 1993: 48) para abolir la división artificial de la conciencia del tiempo. Y es más, sabemos que la hora que nos marca el reloj es un convenio muy reciente. En el siglo pasado, cada ciudad tenía su propio tiempo, definido en principio por la posición del sol, y cuando los viajeros empezaron a desplazarse por ferrocarril se veían forzados a adelantar o atrasar su reloj determinados minutos de acuerdo con las reglas locales. En Estados Unidos fue en 1870 que el científico Charles F. Dowd redactó un manifiesto en el que abogó por que se acabara con los ochenta diferentes tiempos de ferrocarril y las incontables horas locales del país

para crear zonas de tiempo estandarizadas. A nivel mundial el correspondiente convenio se logró sólo en el año 1894. Y es desde entonces que calculamos las diferencias temporales a partir de la hora de Greenwich, y en horas, ya no en minutos (Polatschek 1993: 12).

Si el tiempo es una categoría tan relativa y el futuro tan incierto, habría que interpretar las promesas en una ilocución doble: En el presente son expresión de entera cooperación; para el futuro dejan un margen de posibilidades dependiente de muchos factores. Entonces resulta que en todas las comunidades se hacen promesas que no se cumplen. Schlieben-Lange y Weydt mencionan por ejemplo el caso de plomeros o electricistas en Alemania: La promesa "mañana vengo" se toma al pie de la letra en todas partes, menos en la región del Rin (1978: 262). Además habría que tomar en cuenta la situación económica: cuando es crítica, la promesa se cumplirá con mucha probabilidad; en los años de las vacas gordas, la misma promesa tenía poca confiabilidad. También en las tradiciones de la convivencia social se observan cambios en Alemania. Me contaron en un lugar que los jóvenes invitan a fiestas y de los cuarenta invitados no llegan veinte; en cambio llegan otros tantos no invitados. Que calculan su hora de llegada para que no sea muy puntual, porque al principio la fiesta es aburrida, pero tampoco muy tarde, para que no se acabe la comida.

Crear en promesas es, pues, cuestión de experiencia, del cálculo de muchas variables y de cierta tolerancia. La promesa "Te amaré toda la vida", ¿quién puede responder a tal grado de su futuro para hacerla? Y sin embargo hay personas que la usan para expresar la intensidad de sentimientos que experimentan. Mañana será otro día. Quien vivirá, verá. Con todo, para el diálogo entre personas de culturas distintas hace falta tomar en cuenta las inferencias específicas para evitar los malentendidos innecesarios.

Referencias Bibliográficas

- Austin, J. L. 1962/1978, *How to do things with words*. Ed. por J. O. Urmson y M. Sbisá. Oxford, Londres, Nueva York: Oxford. University Press. Trad. al español por G. R. Carrió y E. A. Aabossi: *Palabras y acciones. Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1971.
- Corsaro, W. A. 1981, "Communicative processes in studies of social organisation: sociological approaches to discourse analysis", en *Text* vol. 1-1. The Hague: Mouton, pp. 5-63.
- Elias, N. 1984, *Über die Zeit*. Frankfurt: Suhrkamp.
- González Ochoa, C. 1992. "Concepción medieval del tiempo", en *Discurso. Teoría y análisis* núm 13, México 1992, pp. 85-106.
- Gurjewitsch, A. J. 1978, *Das Weltbil des mittelalterlichen Menschen*. München: Beck.
- Ochoa Sandy, Gerardo, 1993, "Günter Grass: Su veneración por Rulfo, su odio a las computadoras, su método de escribir", en *Proceso* núm. 854, 15 de marzo de 1993, pp. 48-53.
- Polatschek, K. 1993, "Eine Uhr fürs ganze Reich", en *Die Zeit*, núm. 13, 2 de abril de 1993, p. 12.
- de Saint-Exupéry, A. 1943, *Le Petit Prince*. París, Gallimard.
- Schlieben-Lange, B. 1976, "Für eine historische Analyse von Sprechakten", en *Sprachtheorie und Pragmatik. Akten des 10. Linguistischen Kolloquiums Tübingen 1985*, hg. von H. Weber und H. Weydt. Tübingen, Niemeyer 1976, S. 113-119.
- Schlieben-Lange B. y H. Weydt 1978, "Für eine Pragmatisierung der Dialektologie", en *Zeitschrift für germanistische Linguistik*.
- Searle, J. R. 1980, *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*. Madrid, Cátedra.
- Wendorff, R. 1980, *Zeit und Kultur. Geschichte des Zeitbewußtseins in Europa*. Opladen, Westdeutscher Verlag.

- 1984, *Dritte Welt und westliche Zivilisation. Grundprobleme der Entwicklungspolitik*. Opladen, Westdeutscher Verlag.
- Wunderlich, D. 1976, *Studien zur Sprechakttheorie*. Frankfurt, Suhrkamp.